126_11_013 Mañana, 2012_Muestra 28/04/11 20:24 Página 7

CAPÍTULO UNO

¿Pequeña Meg? Soy yo, ya lo ves: no te he abandonado. Me has echado de menos, lo sé. Aunque tú, la más notable criminalista del país, nunca lo admitirás. Vamos, ¿por qué te cuesta tanto, a estas alturas? Y más teniendo en cuenta mi situación actual, reducido, forzado a hablarte de este modo, colándome en tus sueños. ¿Por qué no dejas de contar mentiras? Los dos sabemos que no puedes vivir sin mí. ¿Acaso creías que en mi estado actual no sería capaz de leer el alma de las personas? Este juego te viene demasiado grande, Meg. Y sin duda también le viene demasiado grande a tu pequeña Maya. ¿Cuánto tiempo hace que no la escuchas? ¿Un día? ¿Tres? ¿Dos semanas? Te quedas aquí, al calorcillo de tu cama, arropada en la seguridad de tu estúpida vida, en este nido tuyo tan chic del barrio más esnob de Londres. Pero tú y yo volveremos a encontrarnos, te lo prometo. Oh, sí, adorada mía, pronto sabrás de mí. Tengo muchas ganas de mirarte a los ojos. Pero por ahora no te despertaré, aún no. Dame un poco de tiempo. Sólo un poco, Meg. En mi actual estado resulta importante, aunque tú no puedes entenderlo, no puedes entenderme. Yo, Meg, estoy muerto.

Megan Fox se despertó sobresaltada. Con la frente perlada de sudor, el camisón de seda adherido a la piel, y aquel sabor acre y desa-

126_11_013 Mañana, 2012_Muestra 28/04/11 20:24 Página 8

gradable aún en la boca. Ahora ya podía identificarlo: era aquella mezcla de miedo y odio, que la envolvía cada vez que entraba en contacto con el despiadado asesino de Dave, su marido, el mismo que había intentado llevarse también a su hija Maya. Michael Gacy. Megan aún podía oír aquella voz, estridente como un pedazo de vidrio rayando el mármol. Pero ahora aquel maldito estaba muerto. Liquidado en un ajuste de cuentas junto a otros rufianes de su misma calaña.

La mujer encendió la luz de la mesilla, se arregló el pelo pegajoso y salió de la cama. Miró el despertador: las 6.10. Sólo faltaban veinte minutos para que su jornada comenzara como de costumbre: media hora de pilates para mantenerse en forma, ducha, desayuno. Y después la oficina, la comisaría, su mesa de trabajo, donde todos los días trataba de penetrar en los inquietantes y perversos secretos de los peores criminales del país. Su mesa, se detuvo a pensar. Una lámpara de diseño italiano de formas duras y esquinadas, con la luz siempre encendida, directamente sobre una infinidad de revistas e informes acumulados en la mesa. Un resplandeciente portátil plateado, y una infinita serie de botes para lápices perfectamente alineados, que contenían bolígrafos y rotuladores estrictamente ordenados por colores. Sí, a Megan le gustaba que las cosas estuvieran en su sitio. Adoraba aquel orden metódico que regía su vida. Pero ahora...

Suspiró. Se dirigió, haciendo un esfuerzo, a la habitación que había acondicionado como gimnasio. Empezó por fijar su atención en la *power house*, la zona del ombligo, que, según le habían explicado, regía todo el cuerpo. Dos, tres respiraciones. Y dos, tres flexiones.

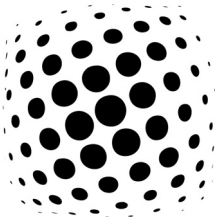
Aquella maldita pesadilla. ¡Le había parecido tan real! Contrariada, arrojó al suelo la toalla que llevaba alrededor del cuello: aquel cabrón de Gacy seguía atormentándola incluso después de muerto. Salió de la habitación y se metió en la ducha. El chorro de agua hirviendo la envolvió como una benéfica cascada capaz de lavar los desagradables sueños de aquella noche. Pensó malhumorada en la se-

126_11_013 Mañana, 2012_Muestra 28/04/11 20:24 Página 9

mana que estaba a punto de iniciarse: un odioso lunes de julio. Detestaba los lunes y las inminentes vacaciones. En cuanto irrumpiera el fatídico primero de agosto, la oficina se quedaría vacía. Y ella volvería a estar sola, una vez más. Aunque, tal vez este año Maya ya estuviera de vuelta. Un pensamiento molesto se apoderó de ella: ¿dónde estaba Maya?

126_11_013 Mañana, 2012_Muestra 28/04/11 20:24 Página 10

CAPÍTULO DOS



SATOR
AREPO
TENET
OPERA ROTAS

Martes, 7 de julio

7777777777777777777777777777777777777777777777777777777777
7777777777777777777777777777777777777777777777777777777777

Repantigada en el comodísimo asiento de piel color burdeos, Maya Fox no lograba concentrarse. El lápiz dibujaba con desgana sobre el papel, sin plasmar los pensamientos que se agolpaban en la mente de la chica. Fuera, al otro lado de las ventanillas del confortable Bentley gris plateado que los había recogido en el aeropuerto de Pisa, discurrían las colinas suaves y perfumadas de la Toscana, la tierra natal del joven que se sentaba a su lado. Maya lo observó por el rabillo del ojo. La larga melena rubia, recogida en una coleta con un lazo de cuero, la camisa blanca impecablemente planchada, por dentro de unos vaqueros con leves desgarrones, y dos ojos azul hielo en un rostro estilizado y elegante, que observaban con nostalgia las hi-

126_11_013 Mañana, 2012_Muestra 28/04/11 20:24 Página 11

leras de cipreses, las extensiones de vides y las gavillas de heno alineadas armónicamente en la campiña sedienta.

—En verano aquí hace un calor horroso.

Héctor Parravicini de' Giorgi parecía hablar consigo mismo. Desde que dejaron Londres la tarde anterior, Maya no había logrado zafarse de aquella molesta y punzante sensación de soledad que la embargaba. Y tampoco había dejado de preguntarse por qué había aceptado seguir al noble italiano.

Se sobresaltó. Perdida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que Héctor le estaba arrebatando la hoja de la mano.

—Siete, siete, siete. Maya, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Nada, ya sabes que cuando estoy nerviosa dibujo.

El chico acercó su mano a la de ella y le acarició el pelo con indolencia.

—No deberías, yo estoy aquí, contigo.

—Humm. Héctor...

—¿Sí?

—Dime la verdad: ¿qué estamos haciendo aquí?

Héctor sonrió con gesto enigmático, alzó la vista al cielo y empezó a recitar:

—«Cuando el cordero abrió el séptimo sello, se hizo el silencio en el cielo durante media hora. Después vi a siete ángeles que estaban de pie ante Dios, y les fueron entregadas siete trompetas». Apocalipsis, ocho-uno.

Maya sacudió la cabeza, contrariada por el alarde de erudición de Héctor; ése era uno de los rasgos del joven que no soportaba.

—«Y vio que a la derecha del que se sienta en el trono había un libro en forma de rollo escrito por ambas caras, sellado con siete sellos.» Apocalipsis, cinco-uno.

—Estoy maravillada de tu cultura —lo interrumpió Maya con ironía.

Pero él prosiguió, haciendo caso omiso del comentario.

—«El ángel de la Iglesia de Sardis escribe lo siguiente: "Así habla

aquel que está en posesión de los siete espíritus de Dios y las siete estrellas: Conozco tus obras, se dice que estás vivo, y sin embargo estás muerto".» Apocalipsis, tres-uno.

—¿Va a durar mucho esta historia?

—Siete, el día del descanso. Siete, considerado desde la antigüedad como el símbolo mágico y religioso de la perfección, por estar ligado a la consumación del ciclo lunar. Siete, el número que los babilonios consagraban al culto. El número al que los griegos llamaron «venerable», y que Platón definió como *anima mundi*. Siete, el número que para los egipcios simbolizaba la vida...

Héctor se interrumpió por fin y Maya se obsequió con un aparatoso suspiro de alivio.

—¿Qué? —dijo—, ¿ya has acabado de hablar mediante acertijos?

—Hoy es el séptimo día del séptimo mes del año.

Maya se lo quedó mirando sin comprender nada.

—Y nosotros nos dirigimos a la explanada de San Galgano.

Maya no contestó, no le apetecía. Estaba pensando en su padre, el astrónomo Dave Fox. Y en la misión que le había encomendado, hablándole desde el más allá.

«Boquita de miel, los límites no existen, todo es una ilusión de nuestros sentidos. La barrera entre quien vive a ese lado y quien vive más allá de la trinchera de la vida es muy, muy delgada. Quien controle la puerta que divide a los vivos y los muertos, dominará el mundo.»

La cara de la chica se contrajo, pensar en su padre asesinado aún seguía causándole demasiado dolor. Se relajó cuando en su cerebro empezó a sonar «With or without you», de U2.

«*Without*... Sin», pensó la chica. Ya hacía cuatro largos años que aquella palabra determinaba su vida.

—Héctor...

—¿Hummm?

—Dime la verdad.

—Claro, pequeña.

126_11_013 Mañana, 2012_Muestra 28/04/11 20:24 Página 13

—¿Qué vamos a encontrar en San Galgano?

—Fíjate, tú también lo has dibujado. El cuadrado mágico más famoso de la historia. Compuesto por cinco palabras, cada una de ellas con cinco letras. Un auténtico, un jodidísimo misterio.

—Pero tú lo has descifrado...

—El cuadrado forma un palíndromo, puede leerse de derecha a izquierda y al revés. Intenta descomponer las palabras. La cruz que obtenemos colocándolas en el orden adecuado nos da la solución del problema.

A

P
A
T
E
R
A P A T E R N O S T E R
O
S
T
E
R

O

—Mira, pequeña, ¿la ves?

Maya lanzó una mirada aburrida al dibujo que Héctor acababa de hacer. Conocía el cuento. Si estaba allí, en la Toscana, pasando las vacaciones estivales de su último año de instituto, sólo era porque su padre se lo había sugerido. Pero aquella historia aún resultaba más confusa.

—El Pater Noster, es decir, el Padre Nuestro, fue la única plega-

ria que Jesús enseñó a sus discípulos. A y O indican alfa y omega, el comienzo y el final, elementos también presentes en el Apocalipsis de Juan, cuando se refiere al final de los tiempos. El año sería el 2012 d.C. tras salir de la constelación de Piscis.

—Héctor...

—¿Sí?

—¿Por qué estamos aquí?

—Para salvar al mundo, pequeña, ya lo sabes; lo hemos hablado muchas veces.

—No me tomes el pelo.

—No lo hago, tus poderes son muy valiosos. Y la fecha del fin del mundo, cuando los planetas de la Vía Láctea se alineen alrededor de su centro, el Sol, provocando desastres y caos, está cercana, muy cercana. Sólo faltan dos años. Y nosotros aún no sabemos cómo controlar el portal...

—¿Qué portal?

—¿Qué? No, nada, sólo pensaba en voz alta.

El chico frunció el ceño y tensó el rostro con una sonrisa forzada. A continuación suspiró.

—Héctor, ¿a quién te refieres cuando dices «nosotros»?

—A ti y a mí, pequeña. ¿Ya te has olvidado? Tú y yo, unidos para siempre.

Maya sintió una punzada de dolor. Era la frase que tanto les gustaba intercambiarse a ella y a Trent. Trent, su gran amor. Trent. Quién sabía por dónde andaría en ese momento, se preguntó Maya. Pegó el rostro a la ventanilla. A su alrededor, el paisaje toscano componía sus plácidas escenas de vida: casitas de ladrillo que exhalaban un perfume a reuniones familiares, caballos pastando, niños que corrían libres por las plazas con pavimento de piedra.

Pero la chica no veía ni sentía. Se repantigó aún un poco más en los cómodos asientos del Bentley. Una voz se coló en su cabeza. Eran las palabras de su madre, refiriéndose a una secta misteriosa.

«Maya, el Doomsday Project existe realmente. Y persigue un ob-

jetivo espeluznante. Creemos que se trata de una auténtica secta. Posee documentos secretos antiquísimos relacionados con la profecía de los mayas que hace referencia a diciembre de 2012, al final de los tiempos. Al parecer, la secta persigue hallar una especie de portal capaz de comunicar distintas dimensiones, una llave para acceder a un conocimiento superior.»

La chica despertó de sus pensamientos.

—Mi madre y el teniente Garret sospechan que una secta está intentando controlar el mundo del futuro a través de un conocimiento superior. Megan, mi madre, me habló de un científico, un médico muy célebre, que podría ser el líder de esa secta.

—Ah, ¿y de quién se trataría?

—No lo sé. Sé que hay un montón de indicios que conducen hasta aquí, a donde nos dirigimos. Y que... No importa, déjalo correr.

«El amante de Debbie, la madre de Trent, una médium famosa que está muy implicada en el caso, es un médico afamado en quien recaen graves sospechas.»

Maya interrumpió el negro curso de sus pensamientos.

—Algunos misterios es mejor no indagarlos, pequeña Maya.

El automóvil se detuvo en el aparcamiento que había frente a la abadía de San Galgano. Maya volvió el rostro y se quedó sin aliento. Los amplios arcos góticos de la vieja iglesia se elevaban majestuosos hacia el cielo. No había techo. En su lugar, las estrellas iluminaban el espectral esqueleto de una de las iglesias que habían marcado el camino sagrado de la cristiandad en los oscuros siglos de la Edad Media. A su alrededor, la oscuridad y el silencio, roto tan sólo por el canto nocturno de los grillos. Y la tenue luz de las últimas luciérnagas que se posaban en la campiña sienesa.

Héctor bajó con agilidad del Bentley, rodeó el automóvil y le abrió la puerta a la chica. A unos pocos pasos, tras un irregular muro de piedras vetustas, iluminada por la luz de la luna, la antigua abadía exhibía toda su fuerza y sus misterios. Los dos jóvenes se dirigieron hacia la nave central recorriendo el pasadizo de la derecha:

arriba, el cielo y los viejos arcos reflejaban el infinito sobre su superficie. En el interior de la iglesia se estaba celebrando un concierto: el «*Dies irae*» de la *Misa de requiem* de Giuseppe Verdi. Maya no podía evitar que en su cabeza se mezclase el intenso sonido de aquella música con el recuerdo de los artículos que había leído en la página web de su padre, *www.daveandhestars.com*.

«La abadía de San Galgano se remonta a 1218, es una imponente estructura de estilo gótico y de orígenes inciertos. Fue construida a instancias de un santo, san Galgano, en cuyo culto, bastante misterioso, se entrecruzan raíces más antiguas. La historia de la propia iglesia está cargada de misterios. Hay quien la relaciona con ritos paganos, y quien la considera uno de los centros donde los caballeros templarios ocultaron sus secretos. Sin duda, la abadía constituye una de las zonas más sugestivas de Europa, en el centro de una serie de rutas que recorrían los peregrinos que se dirigían a Tierra Santa y los predicadores provenientes del norte. Su planta, de cruz latina, posee peculiaridades difícilmente explicables para los conocimientos arquitectónicos de la época. Construida siguiendo los preceptos de la llamada geometría sacra, que se rige por las reglas de la proporción áurea, la abadía de San Galgano reproduce con total exactitud la explanada sagrada de Jerusalén. A ello cabe añadir otras peculiaridades de origen misterioso, como el hallazgo de algunas inscripciones...»

Maya buscó instintivamente la mano del joven aristócrata. Pero él la evitó, y pasó el brazo por sus hombros en un abrazo que a ella le pareció imperioso y dulce al mismo tiempo.

—¿Héctor?

El joven no respondió; se limitó a arrastrarla hacia el centro de la nave y una vez allí, no sin esfuerzo, después de haber sorteado un número impreciso de espectadores, lograron sentarse. Maya se acomodó, apoyó la cabeza en el frío hombro de Héctor. El cansancio y la tensión la estaban venciendo. Al fin logró despabilarse, las palabras de Dave le quemaban por dentro. «Tú eres la elegida.»

126_11_013 Mañana, 2012_Muestra 28/04/11 20:24 Página 17

Miró a su alrededor. Jóvenes y adultos se entremezclaban en aquella atmósfera surrealista, cargada de tensión y espiritualidad. Desvió la mirada, fascinada por los arcos y las historias que éstos encerraban. De pronto se quedó paralizada. Tres filas más atrás, parcialmente oculto por el pasillo lateral, resguardado por la nave que había a su derecha, un elegante hombre de cierta edad, con abrigo beige, mirada penetrante y pelo entrecano elegantemente despeinado, la observaba.

A Maya le pareció reconocer aquel rostro frío, que pasó a ser gélido a causa de una sonrisa que tensó sus duras facciones.

—¿Héctor?

El chico la conminó a guardar silencio con una señal. Sus labios se movían, veloces y silenciosos. Entre los pliegues de sus labios, a Maya le pareció distinguir las palabras de aquella misa fúnebre: *Dies irae, dies illa / solvet saeclum in favilla. / Teste David cum Sybilla. / Quantus tremor est futurus, / quando iudex est venturus, / cuncta stricte discussurus*. «Día de la ira, el día en que el mundo se verá reducido a cenizas, como anunciaron David y la Sibila. Un gran terror sobrevendrá cuando llegue el juez para juzgarlo todo severamente.»

Maya se volvió por última vez. El hombre canoso estaba dedicándole una sonrisa cruel e intensa.